

Fuentes

EL “DE HUMILITATE” DE EVAGRIO EL PÓNTICO

Introducción

El “*De Humilitate*” trata del papel que juega en la ascesis la virtud de la humildad. Este opúsculo hace mucho hincapié en los peligros que entraña una ascesis sin humildad, y de las ventajas que reporta esa misma ascesis cuando va acompañada de una verdadera modestia. La última parte muestra la eficacia e importancia de la *thlipsis* (tribulación) en la vida espiritual¹⁰⁷.

El texto griego de “*De Humilitate*” se ha perdido y sólo nos queda el texto siríaco. De este último J. MUYLDERMANS editó cuatro manuscritos, que atribuyen el opúsculo a Evagrio¹⁰⁸. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que hay otros tres manuscritos que contienen el texto del “De Humilitate” bajo el nombre del monje Marciano¹⁰⁹. El estudio de estos últimos revela un problema: en el manuscrito Add. 14581, el más antiguo, el encabezamiento que indica a Marciano como autor, es posterior a la redacción del manuscrito¹¹⁰. Dilucidar el problema de quién es el verdadero autor de este texto, es una tarea bastante ardua, que podrá ser llevada a buen término cuando poseamos más datos de la vida y obra del monje Marciano¹¹¹.

Nuestra traducción se base en la versión francesa del texto siríaco, realizada por J. MUYLDERMANS¹¹². Hemos traducido, también, algunas notas que pueden resultar útiles para la mejor comprensión de este pequeño tratado.

SOBRE LA HUMILDAD

Ilustre y gloriosa es la vida de los solitarios por Cristo; ella tiene las promesas de las alegrías presentes y futuras (*I Tm* 4,8), con la condición de que conserven en la gloria una humildad sin fingimientos. Sin embargo, vemos a la vanagloria y a la soberbia instalarse en sus vidas, a pesar de que la vanagloria no reporta ninguna utilidad a aquellos que se dejan arrastrar por ella; por el contrario, es muy perjudicial para todos los que se ensalzan.

Hay algunos hermanos que hacen vigorosos ayunos y largas vigiliias, a estos los llaman “grandes”; hoy otros cuyos ayunos son moderados y sus vigiliias mesuradas, y a estos los llaman “pequeños”¹¹³; y así mientras los “grandes” obtienen la gloria merced a sus esforzadas acciones, los “pequeños” alcanzan la humildad por su discreción. Los “pequeños” no desean la gloria de los “grandes”, porque su gloria es aquella que les está destinada desde siempre en el cielo. Por

¹⁰⁷ J. MUYLDERMANS: *Evagriana Syriaca. Textes inédits du British Museum et de la Vaticane édités et traduits*. Bibliothèque du Museon, 31, Louvain, 1952, pp. 82-83. Para tener una idea del uso del término *thlipsis* en otros Padres cf.: G. W. H. LAMPE: *A patristic greek lexicon*, Clarendon Press, Oxford, 1961 y ss., p. 853.

¹⁰⁸ *Manuscritos del Museo Británico*: Add. 14578 (s. VI-VII), 14621 (802), 14623 (823) y 7190 RICH. (s. XIII); referencias tomadas de J. MUYLDERMANS, *op. cit.*, pp. 4 y 82.

¹⁰⁹ *Manuscritos del Museo Británico*: Add. 14581 (s. VI), 17165 (s. VI-XI) y el *Códice Athos Vatopédi* 38; referencias tomadas de J. MUYLDERMANS, *op. cit.*, pp. 4 y 82.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 83.

¹¹¹ Para más detalles cf.: J. MUYLDERMANS, *op. cit.*, pp. 23 y 83.

¹¹² *Ibid.*, pp. 109-114 (texto siríaco) y 146-150 (traducción al francés).

¹¹³ En los apotegmas se encuentran muy a menudo las denominaciones *megaloi* y *mikroi*. Los *megaloi* (grandes) son los monjes que sobresalen por sus prácticas ascéticas; referencias tomadas de J. MUYLDERMANS, *op. cit.*, pp. 146,24.

el contrario, los “grandes” tienen necesidad de la humildad de los “pequeños” para no caer cuando están subiendo, para no verse despojados de la gloria de aquí abajo y, sobre todo, para no ser, más tarde, excluidos de la gloria futura. Junto a la humildad, en efecto, la vida ascética es útil, pero sin la humildad es muy perjudicial. Si prestamos atención a la palabra que Nuestro Señor ha dicho en el evangelio, constataremos que esos “pequeños” que han trabajado poco, han hecho mucho más que todos los “grandes”, que trabajaron mucho más. Porque los “grandes” ejercitan, para su propia satisfacción, sus fuerzas en la práctica de la justicia; mientras que los “pequeños” han conservado, sin vacilar, toda la fuerza que poseían, para que no sea sólo de su trabajo, sino también en virtud de la fe que ellos reciban la herencia. Así la viuda pobre que depositó dos monedas en la alcancía, dio más que los ricos que tenían mucho; estos dieron de lo que les sobraba, mientras que esa pobre mujer entregó, en su indigencia, todo lo que poseía (*Lc 21,2-4*); no se guardó nada, a no ser la sola esperanza en un Dios bondadoso y amigo de los pobres. Todo hombre tiene necesidad de Dios, también los ricos y aquellos que son tenidos en alta estima por los hombres, no sea que al olvidarse de Dios, caigan en la miseria y sean blanco de la burla y el desprecio (cf. *Ef 2,12*). Esto es lo que les ocurre a muchos de los que no tienen esperanza y están en el error, sin comprender el poder de Dios (*Mt 22,29*). Porque la justicia de los hombres no reside en las grandas obras, sino en una gran humildad: la acción glorifica y la humildad justifica. No es de la acción que nace la humildad, sino que de la humildad surge la acción. Si el hombre no comienza por humillarse, no podrá practicar la ascesis, pero si se humilla no podrá ser dominado por el orgullo. ¿Cómo puede enorgullecerse el hombre?: ignorando la acción de la gracia, imaginándose que el trabajo de la gracia es su obra personal y despreciando a los otros, diciendo en su interior: “He trabajado más que todos” sin confesar: “no yo, Señor, sino la gracia que está en mí” (*I Co 15,10*).

Por todo esto debemos tener un gran interés por la humildad, a fin de progresar en esa virtud y poder agradar a Dios; sin la humildad es vano el esfuerzo que hacen todos los hermanos en las prácticas ascéticas. Del mismo modo que la raíz de todos los males para el cristiano es el orgullo, la causa de todos los bienes es la humildad¹¹⁴. Y así como la persona que se deja encadenar por el orgullo no se salva, asimismo la persona que se humilla no muere, “sólo a Dios conviene la gloria” (*I Tm 1,17; Judas, 25*). Él no castiga a los orgullosos como (si fueran) servidores sino que no tiene piedad de ellos (*Mt 18,32*), los odia como a enemigos y los hace morir, como está escrito: “Dios humilla a los orgullosos y da su gracia a los humildes” (*Pr 3,34; St 4,6; I P 5,5*).

Seguramente habrá alguno de aquellos¹¹⁵ que, admitiendo todo esto, dirá que esta enseñanza no es para él; el argumento que ellos esgrimen es falso. A saber: ¿sí es por la humildad que se realiza la justicia, para qué son necesarios los ayunos, las vigiliass y todas las demás prácticas con las cuales se mortifica el cuerpo de diversas maneras? Ciertamente, el fervor que demostramos en el tiempo presente, en la práctica de los ayunos, deberá mantenerse hasta el fin de nuestra vida, y nos será mantenido por Nuestro Señor; porque es más difícil guardar lo que se posee, que adquirir aquello que aún no se tiene. Durante las vigiliass, el maligno, que odia el bien, no puede quitarnos, con sus trampas, nuestros bienes, como ocurre cuando nos dormimos. Según está escrito: “Si el dueño de la casa supiera a qué hora va a venir el ladrón, vigilaría para impedir que el asaltante entrase en la casa” (*Mt 24,43; Lc 12,39*). Es por esta razón que Nuestro Señor, conociendo la debilidad de nuestra carne, ordena a los que duermen que recen y vigilen para no caer en la tentación (cf.: *Mt 26,41*). Porque Nuestro Señor sabe que, desde el principio, el enemigo es un mentiroso y un asesino (cf.: *Jn 8,44*) y que desde la tentación ha adquirido mucha astucia para hacerse todo a todos, para perderlos a todos (cf.: *I Co 9,22*). El sabe que, por esta razón, el demonio tienta con la gloria a los que lo han vencido con la humildad, porque, al vanagloriarse, abandonan la humildad como una cosa inútil; de ese modo rechazan al Espíritu

¹¹⁴ Los sentimientos que engendran en nosotros una profunda humildad “extirpan el orgullo, el peor de los vicios”, *Carta a Anatolio*, PG 40,1220d; cf. A. y C. GUILLAUMONT: *Evagre le Pontique: “Traité pratique ou le moine”*, Cerf, SC 171, Paris, 1971, p. 487.

¹¹⁵ Se refiere a los grandes (N. del T.).

Santo que los cubre con su protección (permitiendo), que los domine el espíritu impuro que lucha, sin cesar, contra ellos¹¹⁶. La naturaleza está muy inclinada y siente especial atracción por la gloria, y las personas demasiado activas son fácilmente atrapadas por ella. Pero la tribulación¹¹⁷ viene rápidamente en ayuda del hombre; porque la tribulación es una defensa sólida en la lucha, y un arma de salvación en la tormenta. No debemos alejar la tribulación cuando nos agobia, sino buscarla aunque ella se aleje de nosotros, y tratar de encontrarla cuando no está cerca. Porque la tribulación le procura al hombre la “gnosis”¹¹⁸ y la castidad que preservan su vida. Por eso los justos (cf. *St* 1,22) le piden a Dios, sin cesar (la gracia) de no abandonar, engañándose a sí mismos, la esperanza que poseen. Tal fue el caso de Salomón que odiaba la tribulación, amaba el placer, y en vez de la humildad, buscaba la gloria y estimaba más el culto a los ídolos que realizaban sus mujeres, que el culto al Dios de sus padres; y fue llevado a hacer el mal y a irritar al Señor. No se acordó de la misericordia y de la alianza que Dios había hecho con él, y le devolvió mal por bien. ¡Oh el placer amargo y la gloria maldita, que obraron en Salomón, sin ningún esfuerzo, tales prodigios y maravillas que ni Satanás mismo, tan hábil para el mal, hubiera podido realizar en los justos; Porque en las aflicciones los (justos) sirven a Dios, y en las alegrías a sus pasiones. Salomón abandonó el amor de Dios, se despojó de la ciencia que viene del cielo, renunciando a la gloria de David, su padre, y no observó su justicia, porque el amor por sus mujeres lo apartó del temor de Dios de sus padres. Es mejor para el hombre ser pisado por Satanás que encontrarse en la gloria. En efecto, el que es atormentado por Satanás es consciente de su tribulación y desde su miseria llama a Dios, y Él lo escucha (cf. *Sal* 117,5). Pero el que está en la gloria, no toma conciencia de su enfermedad y no busca a Nuestro Señor, sino que lo abandona, anhelando una condición que prepara la perdición y conduce al castigo eterno. Si no padecieran tribulaciones los hombres no temerían a Dios, como lo dice el profeta: “Cuando los hacía morir, lo buscaban, se convertían y se volvían hacia Él” (*Sal* 77,34).

Si no aman los placeres, no despreciarán a Dios, como lo ha dicho otro profeta: “Malditos los que al levantarse por la mañana corren tras las bebidas alcohólicas, los que trasnochan encandilados por el vino; beben al son de flautas, tamboriles y cítaras, y no toman en cuenta las obras de Dios, no ven la obra de sus manos” (*Is* 5,11-12). A través de las palabras de la Sagrada Escritura y de las experiencias de la vida, podemos comprender fácilmente que no hay nada más dañino, para los justos, que los placeres y las diversiones. Por esta razón los pecadores son tentados por el demonio, para que no se vean afligidos por sus vicios, no sea que comiencen a hacer penitencia. Pero cuando sean probados por la tribulación, gozarán de la paz y tendrán parte en la esperanza de los justos; porque está escrito: “Dios no despreciará un corazón contrito” (*Sal* 50,19).

Sí nos gozamos en la esperanza de los justos (*Rm* 12,12), odiaremos las alegrías de los pecadores y nos complaceremos en las tribulaciones de los justos; para ser, por medio de ellas, agradables a Dios y “encontrar la misericordia” (*Hb* 4,16) y la gracia, junto a aquel que es “el Señor de la Gloria” (*I Co* 2,8), de la muerte y de la vida. Él es quien nos puede salvar del castigo reservado a los pecadores e introducirnos en el reposo de sus elegidos, los justos; para que, junto con ellos, glorifiquemos el nombre glorioso de Nuestro Señor, Nuestro Dios y Nuestro Salvador, con un canto de júbilo y de acción de gracias. A Él que ha hecho tanto por

¹¹⁶ Cuando el monje cede a los pensamientos del orgullo, se aleja de Dios y se ve asediado por los pensamientos impuros; cf.: J. MUYLDERMANS, *op. cit.*, pp. 149,29.

¹¹⁷ El término *thlipsis* designa, en Evagrio, las dificultades de la vida espiritual; dificultades que son provocadas por el demonio y las luchas que se deben librar contra él, cuando se practica la humildad; cf. J. MUYLDERMANS, *op. cit.*, pp. 149,30.

¹¹⁸ “Si el peligro de la vanagloria crece con el progreso en las virtudes, ese peligro desaparece definitivamente cuando se accede a la ciencia (*gnósis*) o contemplación espiritual” (A. y C. GUILLAUMONT, *op. cit.*, pp. 573,32). La palabra “gnosis”, sinónimo de *theoria*, designa, en Evagrio, la ciencia natural o contemplación de los seres creados. Esta ciencia natural es la etapa que precede a la *theologiké* (teología), que es la ciencia unitiva, no discursiva de Dios. Estas dos últimas etapas forman, juntas, la *gnostiké*. Para una exposición más detallada cf.: A. y C. GUILLAUMONT, *op. cit.*, pp. 498-503 y *Evagre le Pontique* en DS IV, cols. 1738-1739.

nosotros y nos ha colmado de paz, a ese Dios bueno, cuya misericordia es eterna (*Sal 99,4*), a Él sea la gloria, el poder y la acción de gracias por medio de todos los santos por los siglos de los siglos. Amén.

*Los Toldos
Argentina*